

AUTOR, GRUPO Y CONSTRUCCION COLECTIVA*

Luis Matilla

Aunque parecía una especie destinada a extinguirse, no es raro tropezarse en la actualidad con dos tipos de autores todavía en ejercicio: el escritor con obra dramática incorporada dispuesto a estrenar no importa cómo ni a qué precio; y aquel otro, que aún no llevando la obra bajo el brazo de modo perenne, a la menor flaqueza del interlocutor, la enviará por correo, amenazando con llamar al día siguiente con la pretensión de obtener un juicio crítico preciso y por supuesto favorable.

Frente a las actuales circunstancias marginadoras de todo teatro que no parte de la evasión o del compromiso domesticado, presenciar la reafirmación de autores que lo único que pretenden es utilizarnos para hablar de «su» teatro, resulta un tanto penoso y casi, casi grotesco. La concepción colectiva del teatro de sus brillantísimas declaraciones en prensa, queda ahogada por una trayectoria personal, aislada e insolidaria con intentos en los que no se van a inscribir nuestros nombres con letras luminosas, ni tampoco se nos va a pedir la obra «acabada» o «clásica». Trabajar de una forma diferente supone tanto como iniciar un camino hacia ese inesperado, para llegar al cual deberemos romper los individualismos que nos convierten en seres pequeñitos, resentidos e incapaces de prestar nuestra entrega a gentes que no se encuentren en idéntica onda de «aclaramiento mental universalista».

No quisiera que se interpretaran estas palabras como una negación a la obra individual de todo autor; ella es necesaria ya que en numerosas ocasiones nuestros intentos no corresponden con los del grupo, y en ningún momento hemos de arrastrar a ellos si la experiencia no es comúnmente necesaria. Tan sólo intento cuestionar el autor atrincherado tras su máquina de escribir sin dar un paso por colaborar en ese proceso a veces descorazonador y en el que no siempre se le va a convocar como autor aureolado, sino como simple hombre del «otro» teatro, dispuesto a ocupar un lugar en el esfuerzo común. Pienso que cada día los grupos se encuentran más sensibilizados a no ser utilizados como trampolín de las ambiciones per-

* Publicado en «Pipirijaina», N.º 1, Marzo de 1974.

sonales de aquéllos que se aproximan con el único fin de ser potenciados y desaparecer con las ganancias.

¿Quién ha de dar el primer paso a la hora de la integración positiva, el autor o el grupo? Pienso que el primero que llegue a la convicción de que el aunar esfuerzos es la única forma viable para contestar a aquéllos que no cuestionan su realidad ante la seguridad del respaldo que ofrece el poder.

El trabajo de un autor en un grupo que plantee una auténtica construcción colectiva, adquiere una doble dimensión que desborda el simple trabajo técnico para constituirse en una forma de lucha distinta a validar dentro de un sistema que espera respuestas individuales para las que se encuentra perfectamente preparado, dados sus años de experiencia esterilizadora.

Creo que la labor de un autor dentro del grupo debe partir de unas premisas perfectamente definidas, tanto para el propio autor, como para cada uno de los componentes del conjunto: la incorporación del escritor ha de basarse en el deseo de que éste asuma un puesto en la comunidad, en orden a colaborar en la investigación y análisis de los temas necesarios para el desenvolvimiento de la dinámica del grupo y de aquellos otros trabajos que conduzcan a la preparación y puesta en pie de un montaje escénico.

Uno de los graves problemas con los que tropezamos a la hora de plantear esta mutua vinculación radica en el excesivo respeto o el extremo desprecio a la labor del autor. La dificultad se encuentra precisamente en lograr ese positivo equilibrio que convierte al autor, durante la elaboración del texto y su puesta en pie, en un miembro más del grupo, considerando objetivamente cuál puede ser la funcionalidad de su aportación sin que en ningún momento primen sus intereses particulares sobre la totalidad del intento colectivo. Sólo consiguiendo un perfecto engranaje de funciones, de «artesañías» dentro del grupo, se podrá conseguir un resultado auténticamente coherente. Los fallos tendrán mucha menor importancia si son asumidos por la totalidad de los miembros y si la autocritica parte de la objetiva valoración de los fines planteados, de los medios utilizados para conseguirlos y de las posibilidades reales del grupo para satisfacerlos. La difícil fórmula «todos, todo», no siempre conveniente, en una primera etapa, es consecuencia de un largo y efectivo proceso de puesta en común. Plantear esta forma de colaboración de un modo prematuro puede ser causa de un empobrecimiento total de la respuesta colectiva. Uno de los trabajos posibles de un autor dentro de un grupo es el de ordenar materiales e impulsar y obtener una colaboración mayoritaria a la hora de ordenar las propuestas más o menos colectivas. En este momento de la construcción, se suelen producir numerosas inhibiciones que resultan negativas, ya que ideas tal vez no plenamente aprovechables en un planteamiento definitivo, podrían constituir la base de transformaciones o búsquedas valiosas para el proceso de progresión del intento. No se trata tanto de escribir todos, como de ofrecer materiales de construcción para que el equipo ordenador, en el que se encontrará el autor, vaya elaborando a medida que éstas tomen forma.

La situación actual me parece bastante clara; la dispersión de esfuerzos nos ha

conducido a una total precariedad en nuestras relaciones y, lo que es aún mucho más importante, en la recuperación de un público que se desinteresó del teatro como medio de plantear una comunicación esclarecedora de nuestra realidad. Los autores de algún modo «independientes» se enfrentan ante dos actitudes posibles: continuar dando la batalla por su cuenta y terminar siendo «descubiertos» por compañías comerciales al uso, o vincularse a los grupos para realizar un trabajo mucho más complejo que por supuesto lleva aparejado notables dificultades de todo tipo.

Los caminos se encuentran abiertos para iniciar la progresión; de nuestra elección dependerá el lugar donde nos encontraremos mañana, suponiendo que el mañana no lo prohíba la censura.

L. M.